Sustento del uso justo de Materiales Protegidos

derechos de autor para fines educativos

UCI
Universidad para la Cooperación Internacional

UCI
Sustento del uso justo de materiales protegidos por
derechos de autor para fines educativos

El siguiente material ha sido reproducido, con fines estrictamente didácticos e ilustrativos de los temas en cuestión, se utilizan en el campus virtual de la Universidad para la Cooperación Internacional – UCI – para ser usados exclusivamente para la función docente y el estudio privado de los estudiantes pertenecientes a los programas académicos.

La UCI desea dejar constancia de su estricto respeto a las legislaciones relacionadas con la propiedad intelectual. Todo material digital disponible para un curso y sus estudiantes tiene fines educativos y de investigación. No media en el uso de estos materiales fines de lucro, se entiende como casos especiales para fines educativos a distancia y en lugares donde no atenta contra la normal explotación de la obra y no afecta los intereses legítimos de ningún actor.

La UCI hace un USO JUSTO del material, sustentado en las excepciones a las leyes de derechos de autor establecidas en las siguientes normativas:

a- Legislación costarricense: Ley sobre Derechos de Autor y Derechos Conexos, No.6683 de 14 de octubre de 1982 - artículo 73, la Ley sobre Procedimientos de Observancia de los Derechos de Propiedad Intelectual, No. 8039 – artículo 58, permiten el copiado parcial de obras para la ilustración educativa.
b- Legislación Mexicana; Ley Federal de Derechos de Autor; artículo 147.
c- Legislación de Estados Unidos de América: En referencia al uso justo, menciona: "está consagrado en el artículo 106 de la ley de derecho de autor de los Estados Unidos (U.S,Copyright - Act) y establece un uso libre y gratuito de las obras para fines de crítica, comentarios y noticias, reportajes y docencia (lo que incluye la realización de copias para su uso en clase)."
d- Legislación Canadiense: Ley de derechos de autor C-11– Referidos a Excepciones para Educación a Distancia.
e- OMPI: En el marco de la legislación internacional, según la Organización Mundial de Propiedad Intelectual lo previsto por los tratados internacionales sobre esta materia. El artículo 10(2) del Convenio de Berna, permite a los países miembros establecer limitaciones o excepciones respecto a la posibilidad de utilizar lícitamente las obras literarias o artísticas a título de ilustración de la enseñanza, por medio de publicaciones, emisiones de radio o grabaciones sonoras o visuales.

Además y por indicación de la UCI, los estudiantes del campus virtual tienen el deber de cumplir con lo que establezca la legislación correspondiente en materia de derechos de autor, en su país de residencia.

Finalmente, reiteramos que en UCI no lucramos con las obras de terceros, somos estrictos con respecto al plagio, y no restringimos de ninguna manera el que nuestros estudiantes, académicos e investigadores accedan comercialmente o adquieran los documentos disponibles en el mercado editorial, sea directamente los documentos, o por medio de bases de datos científicas, pagando ellos mismos los costos asociados a dichos accesos.

ANUARIO DE PSICOLOGÍA
Vol. 31, nº 4, 2000

NEUROSIS POSTMODERNA: UN EJEMPLO DE ANÁLISIS PSICOCULTURAL

JOSEP GARCIA-BORÉS
Universitat de Barcelona

Anuario de Psicología
2000, vol. 31, nº 4, 163-184
© 2000, Facultat de Psicologia
Universitat de Barcelona

Neurosis postmoderna: un ejemplo de análisis psicocultural

Josep Garcia-Borés
Universitat de Barcelona

Se presenta un ensayo psicocultural sobre las repercusiones psicológicas de la transformación sociocultural de las últimas décadas en Occidente. Tras la síntesis de los trazos fundamentales de la modernidad y de las nuevas condiciones socioculturales, la narración se adentra en las consecuencias psicológicas, estableciendo dos fases, una pre-neurótica y otra propiamente neurótica. Se distinguen, asimismo, distintos modos de afrontar estos nuevos retos socioculturales. Por último, se esbozan líneas para posibles terapéuticas.
Palabras clave*: neurosis, postmodernidad, psicología cultural.*

This article is a psychocultural essay on the psychological repercussions of the sociocultural transformation of recent decades. After summarizing the fundamental features of Modernity and the new sociocultural conditions, the account focuses on the psychological consequences, establishing two phases: a pre-neurotic phase and a neurotic phase. Different approaches to these new sociocultural challenges are proposed. Finally, guidelines for possible therapies are suggested.
Key words*: Neurosis, Postmodernity, Cultural Psychology.*

Este artículo trata, como su título indica, de ilustrar lo que denominamos *análisis psicocultural* mediante la presentación de uno de nuestros trabajos sobre postmodernidad. Con esta voluntad esperamos, pues, que puedan apreciarse algunos de los objetivos, intereses y modos, comúnmente utilizados en este tipo de tarea.

Como se indicaba en el artículo «Paisajes de la psicología cultural» de este mismo volumen, la psicología cultural mira tanto a la cultura como a la ex-

Correspondencia: Departamento de Psicología Social, Facultad de Psicología. Pg. de la Vall d'Hebron, 171. 08035 Barcelona.

periencia psicológica. En este sentido, el trabajo parte del *a priori* de que la experiencia psicológica se constituye en el mundo de significados vigentes en una cultura y, por lo tanto, también las problemáticas psicológicas tienen fundamentalmente esta raíz histórica y cultural. Incluso las propias categorías de diagnóstico utilizadas por la psicología, como nos indican Parker *et al.* (1995), tienen tal naturaleza.

En concreto, el *análisis psicocultural* que presentamos a continuación presta atención a las repercusiones psicológicas que pueden estarse derivando del momento cultural actual de Occidente. Es la continuación de un trabajo anterior,[1] dedicado a analizar las experiencias de identidad personal, considerando la fricción entre los cánones socializados en la etapa cultural conocida como modernidad y el reciente desarrollo de las que denominamos *condiciones socioculturales postmodernas*. Unas condiciones que obstaculizarían el desarrollo de esta experiencia psicológica tal y como era promovida por la modernidad, fenómeno que a nuestro juicio se aprecia con cierta visibilidad en las franjas más jóvenes de nuestra sociedad. Ese análisis ya nos insinuó nuevas problemáticas psicológicas derivadas de la transformación sociocultural, que ahora presentamos más elaboradas, y que nos parece que están tomando el cariz de un estado neurótico en aquéllos que se encuentran particularmente afectados. Por esta razón proponemos presentarlo como una forma postmoderna de neurosis.

Desde el punto de vista teórico, este trabajo se encuadra dentro de la orientación *socioconstruccionista* (Gergen, 1985; Ibáñez, 1989, 1994) y, desde el punto de vista epistemológico, en una posición *interpretativa y crítica*, acorde con el mencionado planteamiento teórico. En sintonía con esta última cuestión, el texto toma la forma de *ensayo*, expresión mediante la que se enfatiza este carácter interpretativo, elaborado tras una dilatada tarea de investigación, que se inicia en 1994, con la inauguración de la línea *Cultura e Identidad*.[2] En tanto que ensayo, pues, no se persiguen muestras representativas ni otras delimitaciones estadísticas. Lo que se intenta es detectar y comprender fenómenos que suceden y no tanto en qué medida. Así, la población estudiada, por ejemplo, es la sociedad catalana, particularmente la población de Barcelona, en la franja de edad de entre 20 y 40 años, de variadas condiciones formativas, económicas, profesionales, etc. Y es que, en efecto, lo que en general pretende un *ensayo psicocultural* es presentar una interpretación que trata de hacer inteligible cómo son vividos los retos, las problemáticas o los dilemas que emergen en un determinado contexto cultural e histórico. En este caso en particular, derivados de la transformación sociocultural que estamos viviendo, tratando, en última instancia, de generar vías de salida, modos de adecuarse a esos cambios.

1. Nos referimos a «Retos postmodernos para la construcción de la identidad», que se encuentra publicado en el *Boletín de la Sociedad Española de Psicoterapia y Técnicas de Grupo* (Garcia-Borés y Martinoy, 1998).
2. Esta línea de investigación sobre Cultura e Identidad, fue inicialmente financiada por la Dirección General de Investigación Técnica y Científica (DGICYT) y, posteriormente, por la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología (CICYT), cubriendo los periodos entre 1995 y 1998. El presente ensayo ha contado, además, con las inapreciables aportaciones de Mar Moreno, José Rey, Xavier Serrano, Carles Carbó, Bet Modolell, Peter Koo y Edmon Sassón, todos ellos directa o indirectamente vinculados a *GEPC Grup d'Estudis Psicoculturals*.

Modernidad

Podemos tratar de sintetizar brevemente la cultura de la modernidad. Cuando se habla de modernidad es para referirnos a la etapa cultural de Occidente, desarrollada fundamentalmente en los dos últimos siglos (XIX y XX), tras el periodo de la Ilustración. Como en cualquier otra situación cultural, los cánones de la modernidad han sido y siguen siendo transmitidos por socialización, utilizados para conformar la propia subjetividad, desde la cual los individuos organizan su experiencia psicológica. Dicho de otro modo, la cultura aporta los recursos simbólicos para afrontar la existencia. Unos recursos simbólicos (creencias sobre la realidad, valores, pautas morales, pautas de comportamiento) que, en la etapa cultural de la modernidad, no responden a una única metanarrativa (cosmovisión, si se prefiere) sino que pueden identificarse cuanto menos dos metanarrativas, la romántica y la modernista o neo-ilustrada, que coexisten en su seno.

La metanarrativa romántica, como reacción contra la hegemonía de la razón del periodo ilustrado, quedando posteriormente circunscrita, básicamente, al mundo de las relaciones afectivas y al de los deseos y sueños. Idealista, la metanarrativa romántica nos habla del amor auténtico, de lo emocional, de las pasiones, de la inspiración, de la autenticidad, de los impulsos, de las artes. Es el corazón, no la razón.

La metanarrativa modernista, como recuperación y sofisticación de la visión ilustrada, dominando el mundo práctico, el que se refiere a cómo desenvolverse en la vida. Pragmática, la metanarrativa modernista nos habla de lo lógico, de lo razonable, de los hechos, del progreso, del crecimiento indefinido, de la ciencia positivista, del orden, de lo estable, de lo duradero, de lo previsible, de lo seguro. Es la razón, no el corazón.

A nuestro juicio, es oportuno añadir aún una tercera metanarrativa presente en la modernidad, aunque no surgida en ella, que es la perdurabilidad de la metanarrativa que presidió la Edad Media: la de las creencias religiosas, en particular, el cristianismo.

El caso es que, en términos psicoculturales, lo que destaca, hasta el desarrollo de unas condiciones postmodernas, es la adhesión a estas metanarrativas, dando lugar a personas más orientadas por el discurso romántico, otras más modernistas, otras fundamentalmente guiadas por el orden del cristianismo. En general, mostrando cierta adhesión a todas ellas, repartiendo el territorio de la vida: lo íntimo dominado por lo romántico, lo práctico dominado por el modernismo, lo moral dominado por el cristianismo. A grandes trazos, claro.

En esta coyuntura cultural, el reto psicológico para considerarse una persona adulta no ha sido otro que decantarse por –o elaborar una particular combinatoria entre– estas metanarrativas. Con ello, la persona orientaba su existencia, estabilizando esa opción como propia, obteniendo de este modo sentimientos de solidez, convicción y seguridad ante la vida, y una imagen de sí mismo como alguien que es de un modo y no de otro.

Siguiendo esta línea, en el trabajo anteriormente mencionado (Garcia-Borés y Martinoy, 1998), tratamos, en primer lugar, de detectar cuál ha sido (y sigue siendo) la propuesta que la cultura de la modernidad hace para la cuestión

específica de la conformación de la identidad personal, tratando posteriormente de ver hasta qué punto hoy en día esa propuesta sigue siendo viable. El resultado de esos análisis nos puso sobre la mesa que las nuevas condiciones socioculturales, a las que luego nos referiremos, obstaculizan la adhesión a la propuesta de la modernidad. El trabajo que presentamos ahora profundiza en la vivencia de estas dificultades. Pero antes, parece oportuno resumir esa propuesta moderna, más cuando este fenómeno de la experiencia de uno mismo será, en buena medida, protagonista también del presente trabajo.

Recursos e imperativos modernos en la conformación de la identidad personal

Cuando nos adentramos en la indagación sobre la oferta de la modernidad para la conformación de la identidad personal, entendida ésta como la *vivencia que uno tiene de sí mismo*,[3] lo primero que aflora es la presencia de un recurso fundamental: la idea del yo. De hecho, diversos autores han considerado que este concepto es, en sí mismo, un concepto moderno (Giddens, 1991; Bauman, 1996; Taylor, 1996). En todo caso, en la modernidad, el yo se constituye en una visión que podemos calificar de esencialista, en el sentido de que se cuenta con su existencia real.

Nos dedicamos entonces a la reconstrucción semántica de esta figura, a indagar sobre los significados que la envuelven. Producto de esta tarea, acotamos seis dimensiones o implícitos, combinatoria de las metanarrativas romántica y modernista, y que a su vez se acompañan de imperativos psicológicos. En concreto, esas dimensiones caracterizadoras de la propuesta cultural del yo serían: *individualidad, internalidad, substancialidad, unicidad, inmutabilidad* y *continuidad*. Veamos una síntesis.

Quizá uno de los aspectos más evidentes es que se trata de una visión individualista, es decir, el yo es vivido como algo individual, circunscrito al individuo. De este modo, se instituye una separación entre yo y los demás, permitiendo a la persona verse como alguien distinto a los otros. Una imagen que, sin duda, se sustenta en la evidencia biológica de disponer de un cuerpo individual, que pasa a ser visto como el contenedor del yo. Y también debido a que, al fin y al cabo, la experiencia psicológica la tiene uno, ya se asuma una génesis social de la misma, ya se prefiera creer en un fenómeno que emerge de la individualidad o en una –pre y post– existencia anímica de índole sobrenatural.

En todo caso se trata, siguiendo la propuesta moderna, de un yo interno, que se encuentra en el interior de uno mismo. Por esta razón, es vivido como algo propio, privado, íntimo, que nunca se acaba de mostrar del todo, acompañándose de una connotación de autenticidad, pues representa lo auténtico, lo genuino de uno mismo.

3. Se opta, pues, por una definición más fenoménica que objetivista, que a menudo equipara identidad personal a autoconcepto. La *vivencia que uno tiene de sí mismo* incluye la idea de quién se es y de cómo se es; contempla asimismo la autovaloración y la autoestima, los incentivos, expectativas y dudas; e incluye la vivencia del pasado, las proyecciones de futuro, el imaginario de cómo le ven los demás a uno. Aun a costa de pérdida de precisión, esta opción intenta, pues, acercarse a cómo es vivida por las personas la experiencia de uno mismo en su cotidianidad.

Asimismo, este yo es vivido como si de una substancia, como si de una realidad objetiva se tratara. Algo que pudiera encontrarse. Es, pues, un yo cognoscible, pero no sólo como posibilidad, y aquí aparece ya un primer imperativo de la modernidad en relación a esta experiencia: el yo es algo que debe uno llegar a conocer mediante una especie de ejercicio introspectivo, reflexivo. Consecuentemente, en su defecto, va a generar problemáticas psicológicas por ejemplo cuando *«uno no se encuentra a sí mismo»*, o cuando *«uno tiene la sensación de no conocerse»*, experiencias tan comunes en la postadolescencia o primera juventud, aunque no sólo entonces.

Es un yo único, no en el sentido de genuino o idiosincrásico como va implícito en la primera dimensión, sino en el sentido de unitario, indivisible, un solo yo. Disponer de un único yo dará lugar a un segundo imperativo, el de coherencia interna entre las distintas manifestaciones de ese yo. Hasta el punto de que, la cultura de la modernidad, prácticamente ha naturalizado esta necesidad de coherencia. Se espera que una persona sea coherente. Y, por ello, la persona también vivirá una experiencia problemática si no logra esa monofonía.

Es un yo, además, vivido como una esencia inmutable, inalterable, como mínimo en aquello que tiene de auténtico. Y, consecuentemente con esta inmutabilidad, surge el implícito, y a su vez tercer imperativo, el de estabilidad, de constancia biográfica, de continuidad. Un yo que debe disponer de una crónica biográfica coherente que diría Giddens (1990). Un requerimiento, en fin, que lleva a la persona a seguir siendo siempre quien cree que es, si quiere evitar vivirse y ser vivido como alguien inmaduro.

Estas dimensiones, extraídas del análisis de las expresiones recogidas en nuestras investigaciones sobre la experiencia de uno mismo, nos parece que describen suficientemente las distintas connotaciones del concepto de yo. Si prestamos atención, podremos apreciar que, para la cultura de la modernidad, las personas deben ser *cognoscibles, previsibles, congruentes* y *estables* a lo largo del tiempo. Exigencias que se relacionan con la propia de idea de normalidad y, en términos psicológicos, de *egostasis*, de equilibrio psicológico, de salud mental en definitiva.

Unas características «que se vinculan con la llegada a la edad adulta, en la que uno ya debe conocerse a sí mismo, sus aptitudes y sus límites, sus virtudes y sus defectos; debe estabilizarse y predisponerse a vivir desde ese yo, lo que le aporta sentimientos de estabilidad y seguridad y le permite, en efecto, enfrentarse al mundo y a sí mismo sin dudas fundamentales, con convicción» (García-Borés y Martinoy, 1998, p. 30). Y cuando alguien, llegado a la edad adulta, no lo consigue, la respuesta de su entorno –y de la actuación psicológica si ésta se produce– se dirige a tratar de ayudar a la persona a «encontrarse a sí misma», a «conocerse», a «aceptarse», a «madurar».

Condiciones socioculturales postmodernas

Como indicábamos en la presentación, a partir de este análisis, nuestro punto de partida es que el reciente desarrollo de las que denominamos condiciones socioculturales postmodernas dificulta la continuidad de los parámetros de

la modernidad, supone un reto a sus visiones, se contrapone, en fin, a la consecución de sus imperativos.

El término postmodernidad es ciertamente polisémico, en parte debido a que ha sido utilizado en distintos contextos. Más que como expresión asociada a un estilo arquitectónico y/o artístico, o como línea filosófica, que nos remiten al término postmodernismo, a nosotros nos interesa su dimensión sociológica, cultural y psicológica. En general, los autores que se han dedicado al análisis de la postmodernidad desde estos intereses, la han equiparado a una incredulidad frente a las metanarrativas o grandes relatos de la modernidad (Lyotard, 1984; por ejemplo). También la han definido como un estado de consciencia de los límites de la modernidad, o como el resultado del fracaso del proyecto moderno. Algunos hablan incluso de cultura postmoderna.[4]

A nuestro juicio, algunas de estas equiparaciones son excesivas. La evidente transformación sociocultural que vive Occidente no ha implicado, por lo menos hasta ahora, una suplantación de las metanarrativas modernas por otras que permitieran hablar en términos de una nueva etapa cultural, sustituta de la modernidad. Más bien, lo que apreciamos es la continuidad de las metanarrativas modernas, sólo que ahora las condiciones de recepción, de asimilación, no son tan sencillas como fueron. Por esta razón entendemos más acertado hablar de *condiciones socioculturales postmodernas* que de *cultura postmoderna*. Unos cambios socioculturales que consideramos son de amplio alcance sociológico en las dos últimas décadas de Occidente. A continuación trataremos de sintetizar los principales desencadenantes de esta transformación.

El primer fenómeno trascendental es la expansión social de los medios de comunicación masiva, en particular, de la televisión. Muy por encima de los efectos tradicionalmente destacados por los estudios convencionales respecto a la incitación a la violencia, a las maravillas comerciales de la publicidad o a los votos obtenidos por minuto de candidato, el impacto sociocultural producido por la televisión es de un alcance y fuerza enormes. El medio televisivo crea realidad, existe lo que aparece en el medio. En este sentido, las repercusiones que ello tiene en términos de poder, son obvias. Más aún, el medio televisivo se ha constituido en agente de socialización, de transmisión de creencias, de valores, de pautas morales, que compite plenamente con los agentes tradicionales (familia, escuela, grupo de pares). A su vez, es un medio capaz de generar emociones que superan a menudo las emergidas en las relaciones cara a cara.

Los medios de comunicación masiva, en especial la televisión, han producido contundentes procesos de homogeneización. La visión de la realidad del pastor y del urbanita se han acercado hasta el punto de que pueden compartir la mirada; ya no son mundos distintos. Y, junto a esta homogeneización, el contenido televisivo se caracteriza por la heterogeneidad (Vattimo, 1985), transmitiendo múltiples y diversos modelos de vida, de formas de ser y de actuar, inconexos y desordenados, en una avalancha informativa incongruente. Estos dos efectos, aparentemente contradictorios, pueden sintetizarse en una frase: *todos vemos lo mismo, pero lo que vemos es muy variado, heterogéneo, disonante, contradictorio.*

4. Para una mayor profundización sobre la postmodernidad pueden consultarse, entre otras, las obras de Lyotard, 1984; Vattimo, 1985; Kvale, 1992; Polkinghorne, 1992; Gervilla, 1993; Bauman, 1993; Lyon, 1994; Jameson, 1996; Ballesteros, 1997; Pinillos, 1997).

Son los medios masivos de comunicación los que, a su vez, propiciarán el segundo fenómeno, también comúnmente resaltado por los autores que han tratado la postmodernidad: el conocimiento de los desastres del proyecto de la modernidad; la percepción de su fracaso en muy variadas expresiones. La promesa de emancipación del ser humano, los ideales de la Revolución Francesa, libertad, igualdad y fraternidad, van cayendo en la incredulidad. Empezando por los planos social y político, ambos protagonistas del proyecto moderno. Con sociedades capitalistas cada vez con mayor desigualdad; con el sueño del Estado del bienestar desmantelado antes de su madurez; con democracias alejadas de su significado, en las que el ciudadano habla del Estado en tercera persona; con el descrédito obtenido por los poderes públicos; con los ideales substituidos por las macrocifras; con el poder político sometido al poder económico; con la estabilidad y la seguridad en manos de un sistema económico de equilibrio frágil, que convierte a los gobiernos en marionetas de los movimientos financieros transnacionales y de los intereses de las multinacionales, ambos incontrolables.

De otra parte, el progreso, estandarte de la modernidad, con sus indudables avances conseguidos al precio del desastre ecológico: agotamiento de recursos, clima modificado, agujero de ozono, desertización, residuos radiactivos para miles de años, químicas estrogénicas, caída en picado de los espermas viables. Todo en sólo 50 años, y va, por ahora, a más. Porque es producto del estilo de vida que hemos creado, al que nos hemos incorporado y del que los especialistas hablan de mantenimiento imposible a no muy largo plazo.

Frente a las metanarrativas modernas hay que añadir, también, Austwich, Hiroshima, Vietnam, Balcanes...; o los 100 millones de muertos por guerras a lo largo del siglo XX, el 70% de los cuales eran civiles. Por no añadir que el 5% de los habitantes del mundo disponiendo del 87% de los recursos, o que cada día 35.000 niños mueren por causas evitables (datos de UNICEF), algo de lo que el Primer Mundo no puede eludir su responsabilidad. Muchos niños muertos de hambre cada minuto, casi a la misma velocidad en que la especulación bursátil triplica fortunas de particulares. Y miles de ejemplos más. Este es el orden de modernidad que el medio televisivo nos presenta cada mediodía. Desbordante y, claro está, tiene necesariamente efectos psicológicos.

El tercer elemento que nos parece destacable es la aceleración de los cambios socioculturales, emblematizados por la revolución tecnológica de la última década del siglo XX. Las nuevas tecnologías se han impuesto y avanzan a tal velocidad que ahora es el ser humano el que debe correr desesperadamente tras su técnica. Fenómeno que se dirige, inexorablemente, a producir una nueva gran fractura social en el mundo: los que están en la red y los que no.

Pueden añadirse otros aspectos del cambio, menos destacados por los autores: la aceleración del estilo de vida, mucho más orientado a la acción, a la hiperactividad, al ritmo acuciante del cada día; o la implantación del neoliberalismo como «lógica natural», como sistema único para la organización de la vida social, con la imposición de la competitividad. Una competitividad que ha pasado en pocos años de ser vista como una actitud despreciable frente al ideal de

cooperación, a ser exaltada como panacea de todos los problemas, cuando no como característica inherente -con su agresividad intrínseca- a la naturaleza del ser humano.

En todo caso, un mundo distinto, con las mismas metanarrativas de la modernidad, pero un mundo distinto del de hace veinte-treinta años. Unas nuevas condiciones, que afectan los modos de vivir y afrontar la realidad, transformando estilos de vida y generando, como es lógico, nuevas situaciones, dilemas y problemáticas psicológicas.

Neurosis postmoderna[5]

Los distintos trabajos sobre el tema de la postmodernidad acostumbran a combinar, no siempre ordenadamente, las caracterizaciones de lo que a menudo denominan cultura postmoderna con los efectos que consideran que ésta produce. A continuación, intentaremos describir estos últimos apoyándonos en lo observado en nuestras investigaciones.

En un primer subapartado describiremos un conjunto de efectos, que denominamos *genéricos* por su amplio alcance social, que caracterizarían una *fase pre-neurótica*. Fase que puede agotarse en sí misma, es decir, no avanzar más, constituyéndose así en un conjunto de repercusiones, de manifestaciones psicológicas, derivadas directamente de la transformación sociocultural postmoderna, de esta especie de atmósfera cultural enrarecida que hemos tratado de describir. En este mismo subapartado se distingue, a su vez, entre cuatro *modos de afrontar* estos retos postmodernos: la *exclusión*, el *convencimiento*, la *desorientación* y el *agobio*. Maneras de afrontar que pueden entenderse, también, como distintas formas de afectación, síndromes o resultados de conjunto ante la presión descrita.

En un segundo subapartado describiremos los efectos que denominamos *específicos* por ser característicos de la que ya consideramos una *fase neurótica*. Unos efectos específicos que pueden entenderse como síntomas propiamente dichos, desarrollando los tres que consideramos más relevantes y que se expresan en distintos ámbitos de la experiencia psicológica de los afectados. En esta ocasión, sólo se hará énfasis en los síndromes de *desorientación* y de *agobio*, pues representan los dos modos de afectación característicos de esta situación neurótica.

Efectos genéricos (fase preneurótica)

La multiplicidad de referentes, aportados por los medios de comunicación masivos, conduce a que las personas desarrollen múltiples y diversas adhesiones

5. El concepto de «neurosis postmoderna» lo presentamos por primera vez en el Simposio sobre Salud Mental, Emigración y Cultura, celebrado en Jerusalem (Israel) en noviembre de 1998, con un trabajo que llevaba el título de *¿Neurosis Postmoderna? Aportaciones psicoculturales en torno a los nuevos dilemas de identidad.*

parciales que, en consecuencia, ponen en jaque a uno de los imperativos fundamentales de la cultura de la modernidad, ya mencionado anteriormente: la exigencia de coherencia. Así, uno puede identificarse como progresista y, a su vez, caer en la tentación de reivindicar privilegios por razón de estatus; o hacer suyos modos propios de un pragmático mientras le seduce un planteamiento idealista; o defender la paz y reclamar venganzas. Uno lo ve en él y en los demás. Pero la paulatina imposibilidad de verse a uno mismo como alguien coherente genera, a su vez, sentimientos de inconsistencia y de inseguridad, puesto que esa coherencia es la base (moderna) para *«sentirse seguro de uno mismo»*.

La avalancha de información produce, asimismo, efectos de saturación a distintos niveles. En primer lugar, saturación cognitiva, por la incapacidad de asimilar ordenadamente tantísima información, disminuyendo la capacidad crítica ante los mensajes recibidos, dificultando las tomas de decisión e instalándose frecuentemente la duda. También saturación valorativa, provocando incongruencias en la jerarquización de qué es importante y qué no. Comprensible, si tenemos en cuenta que tras la imagen de brutales muertes bélicas, la información inmediatamente siguiente, a menudo más dilatada en tiempos, es el resultado obtenido por el club de fútbol favorito. Y saturación afectiva, cuyas expresiones van desde la capacidad de seguir comiendo mientras observamos la apabullante imagen del niño etíope, hasta vernos emocionados cinematográficamente y ser capaces de pasar, fácilmente esquivos, al lado del mendigo que yace en nuestra acera. Saturaciones valorativas y afectivas que redundan aún más en la sensación de inconsistencia de los propios modos de vivir derivada de la saturación cognitiva. Se instala esa sensación de que nada se sostiene por completo, de que nada merece adhesión fiel.

De otro lado, los fracasos de los proyectos de la modernidad, de los que hemos hecho una síntesis anteriormente, generan, como es lógico, el desarrollo de una incredulidad hacia los grandes relatos de la misma. Esta incredulidad se acompaña de sentimientos de desencanto, decepción, desengaño, de abatimiento y pesimismo hacia la humanidad y cómo ésta funciona. Más aún cuando en el ambiente flota un convencimiento de inevitabilidad (Garcia-Borés, 1996), de que el mundo, la vida, es así, y no se puede hacer nada para evitarlo. Claro está, esta percepción acaba teniendo repercusiones en el modo en que uno se enfrenta al mundo. Como a menudo aparece en los textos sobre postmodernidad, estas repercusiones son planteables también en términos actitudinales. Así, podemos detectar hasta tres líneas genéricas: *a*) actitudes caracterizadas por el escepticismo, nihilismo y/o pesimismo; *b*) posiciones frívolas y cínicas, o simplemente esteticistas; y *c*) las pragmáticas y/o individualistas. Actitudes que se han ido instalando en la normalidad primermundista.

Asimismo, van cambiando los parámetros de autovaloración. Menos orientada, por ejemplo, a saber estar a la altura de los acontecimientos que a uno le trae la vida (los buenos, los duros y los dramáticos), o a mantenerse fiel a unos principios (algo que sostuvo tantísimas autoestimas), la autovaloración personal se deja seducir por la orientación a la acción, poniendo la autoestima en manos del balance de «cosas hechas» en la vida. También la orientación neoliberal, la lógica del mercado, se traslada a la esfera personal e interpersonal: éxito perso-

nal vinculado a éxito social (aunque sea pequeño); «publicitación» de uno mismo y recelo hacia los demás; parecer virtuoso más importante que serlo.

Por su parte, la aceleración de los cambios socioculturales produce una sensación de modificación constante, de que nada perdura, de que nada es estable y duradero. Y la aceleración de la vida cotidiana se acompaña de una impresión estrepitosa de superficialidad, de que las semanas, los meses y los años pasan y pasan, a toda prisa, sin percatarnos siquiera. Sentimientos de que a uno se le está escapando la vida y de que no se tiene el control sobre la propia existencia.

En definitiva, como se indicaba al inicio de este apartado, estamos ante unos efectos genéricos de la transformación sociocultural postmoderna que vivimos, los cuales generan paulatinamente un modo distinto de ver la vida, más caótico que ordenado, que habitualmente se acompaña de unos estados de ánimo y unas actitudes como las descritas. Unos efectos que empiezan a ser ampliamente compartidos, por lo que, y eso tiene una importancia fundamental, se encuentran de algún modo protegidos por una connotación de normalidad: mucha gente lo comparte, a mucha gente le pasa. Ello evita que esta afectación sea vivida como una problemática psicológica individual.

Claro está, también encontramos muchas diferencias en cómo estas circunstancias son vividas, motivadas por diversas razones, como el nivel cultural (en el sentido educacional), la situación socioeconómica o la misma cuestión generacional. A continuación establecemos cuatro maneras genéricas de encarar la nueva situación sociocultural –o formas de afectación– cuyas fronteras son, lógicamente, difusas.

La *exclusión*. Síndrome que implica la incapacidad de adaptarse. Afecta a aquellas personas que se ven incapaces de hacer suyos los cambios. Quizás el sector social más ilustrativo sea el de las personas mayores, el de la tercera edad. En efecto, en ellos apreciamos que muy a menudo se generan sentimientos de que el mundo se les ha escapado de las manos. El orden de la modernidad, que determinó sus vidas, sus decisiones, su modo de entender, está sobrepasado por unos cambios que no pueden asimilar. No pueden hacer suyos unos modos de vivir que ven absolutamente normales y cotidianos para sus descendientes. Un nuevo mundo que ha fulminado al suyo. Ni lo comprenden, ni se les comprende. Para mayor agravio, el respeto, tradicionalmente ascendente con la edad, cae ahora en picado con la asunción de la categoría *viejo*. Se formaron en un mundo en torno a la guerra, transformaron su modo de entender la vida con el desarrollismo de los años sesenta. La revolución tecnológica de los noventa ya es demasiado. Sólo hay que escucharles para captar la fractura biográfica motivada por estos cambios culturales: ya han sido de dos modos, tres es excesivo. Pero el tema de nuestros ancianos, extremadamente preocupante, escapa al objeto de este trabajo. No son los únicos. Otro sector, inmenso, que genera este sentimiento de exclusión es aquel caracterizado por un nivel educacional bajo, personas que también van dándose cuenta de que no pueden alcanzar los imperativos del nuevo mundo.

El *convencimiento*. Modo característico de aquellas personas que comúnmente se identifican como integradas, adaptadas o convencionales. Continúan con el credo de la modernidad y, por ello, tratan empecinadamente de leer los cambios socioculturales en clave moderna, con predominio modernista: quieren

ordenar el desorden. Siguen creyendo en el progreso y entienden los fracasos de la modernidad como imperfecciones a corregir. Aún es la situación socialmente mayoritaria, e incluye a quienes, hoy por hoy, dominan los medios para versionar la realidad, sea públicamente, sea en el ámbito laboral o el familiar. Éstos, en consecuencia, actúan como agentes del mantenimiento de las metanarrativas modernas. Si consiguen cierto orden en su entorno privado, están bien y creen que ese orden debería gobernar el mundo. Pero tampoco este modo de afrontar la situación es objeto de interés en esta ocasión.

Sí vamos a dedicarnos, en cambio, a los otros dos tipos de afectación: la *desorientación* y el *agobio*. El síndrome de *desorientación* se expresa en los afectados de modo directo: no saben por qué apostar, hacia dónde dirigir su vida, cómo ser, qué hacer. Generacionalmente, la franja de edad más habitual es la que podríamos denominar jóvenes adultos, esto es, entre los 20 y los 30 años. Aunque incluso, más que la edad, dos circunstancias nos parecen muy determinantes de esta incidencia: el que aún no se haya producido la independencia del domicilio parental, y/o el que no se haya obtenido aún la independencia de la economía parental. O dicho de otro modo, el proyecto de vida está aún por determinar.

El *agobio*. Por su parte, cuando nos referimos a los agobiados, no es en un sentido de estresados sino en el de una insatisfacción respecto a la vida que se está llevando. Por esta razón, este tipo de afectación derivada de los cambios socioculturales descritos, es más habitual en personas que ya se encuentran instaladas en un *modus vivendi* propio y definido. Un proyecto de vida está ya funcionando. Consecuentemente, la franja generacional en la que habitualmente se produce este fenómeno es la que nos gusta llamar *adultos jóvenes*, entre 30 y 40 años, alargándose a menudo hasta los 45 años.

Ambos síndromes, desorientación y agobio, representan dos modos de afectación característicos de las condiciones postmodernas. En consecuencia, los afectados también resultarán ser más susceptibles de entrar en una dinámica desbordante como la que pretendemos describir seguidamente. Obviamente, con diferencias entre estos dos tipos de manifestación, que también trataremos de ir especificando. Antes, sin embargo, es importante insistir en que esta diferenciación no es estanca y rígida sino difusa; que se podría haber establecido bajo otros criterios y que los utilizados no son necesariamente determinantes sino orientativos. Con particular cautela deben tomarse las atribuciones generacionales puesto que,. por ejemplo, muchos *jóvenes adultos* tratan de resolver su existencia como lo hacen los que podríamos llamar adultos mayores, que más bien acostumbran a ubicarse en la categoría de los *convencidos*. Aun así, si hacemos estas atribuciones generacionales es porque parece ciertamente distinto, dado lo drástico de los cambios acontecidos, haber sido socializado en el franquismo que haberlo hecho en la era informática. Pero sólo por eso.

Independientemente del modo de afrontamiento, podemos también destacar algunas estrategias de soportabilidad de esta nueva situación sociocultural que son muy comunes: el recurso a la distracción, al entretenimiento, en los más jóvenes podríamos decir al *«divertidismo»*, que llena vacíos, que elude reflexividades, que endulza el momento cual caramelo; la diversificación de la motivación en pequeños incentivos al alcance, en general, traducibles en la capacidad

de obtención de bienes materiales o bien de esos mismos actos de entretenimiento; el confort, presentado como equivalente a felicidad, con su aliado placer somático y su efecto letárgico; y las pasiones, «futbolarizadas», por decirlo de manera sencilla. Lícito, claro. Otra cosa es si estas estrategias, que sin duda a corto plazo funcionan, no suponen a la larga un factor más de la crisis que describimos a continuación.

Efectos específicos (fase neurótica)

La que hemos dado en llamar fase pre-neurótica puede, como se indicaba, no ir más allá o bien puede actuar como base de conflictividades más específicas, en lo que denominamos *fase* o *estado de neurosis postmoderna*. Sin embargo, también aquí, es necesario advertir que más que dos estados claramente separados, la afectación psicológica postmoderna es una cuestión de grado, de un continuum que va desde una vivencia normalizada (no vivida como problema personal por la amplia afectación social, decíamos antes) hasta una experiencia propiamente neurótica, de la cual trataremos ahora de sintetizar sus expresiones más destacadas, es decir, sus síntomas o efectos específicos.

Así, hablaremos de neurosis postmoderna en aquellos casos en que las expresiones de la fricción modernidad-postmodernidad empiezan a protagonizar la propia experiencia. Bien sea porque las manifestaciones que se acaban de describir ya son vividas de un modo notoriamente angustiante, bien sea porque avanzan hacia conflictividades más concretas en el seno de la propia experiencia personal cotidiana. Tres son los efectos más destacables: la *duda constante*, la *incapacidad de renuncia* y el *temor a la estabilidad*. Empecemos viéndolos sobre la experiencia de identidad personal.

La instalación de la duda constante adquiere gran visibilidad cuando la situación de encontrarse ante múltiples elecciones revierte en las posibilidades de quién ser y de cómo ser (Gergen, 1991), no pudiendo obviar que se podría estar siendo *otro* dentro de una variedad de *otros posibles* al alcance. Se agrava un fenómeno al que ya antes se ha hecho referencia: a la persona le resulta imposible «acallar las múltiples voces que siente como propias, a pesar de disonantes y contrapuestas, lo cual le imposibilita disponer de un sentimiento de coherencia interna (ahora sí de modo desequilibrante) al verse sumido en múltiples contradicciones que responden a los distintos discursos inconexos que ha internalizado» (Garcia-Borés y Martinoy, 1998, p. 31). Instalado en esta dilemática empieza a no ser fácil adecuarse a la propuesta/imperativos de la modernidad. Al afectado le resulta prácticamente inviable encontrar aquel yo, único y auténtico, que cree que se haya en su interior y que pretendidamente es; se le hace difícil acotarlo, delimitarlo.

Ciertamente, cualquier elección genera en la persona un estado de ponderación de las alternativas que tiene delante, pero cuando hablamos de neurosis postmoderna nos referimos a una descompensación del equilibrio psicológico. Desequilibrio derivado del choque entre una vida protagonizada por las elecciones, llena de posibilismos en este caso respecto a quién ser, y el ideal moderno

de un yo estable, definido, seguro, sin dudas trascendentales que, como vimos, es propuesto por la modernidad como ideal cultural, psicológico e, incluso, terapéutico.

Esta coyuntura es vivida con ansiedad, sintiéndose el afectado incómodo consigo mismo, contradictorio, confuso, a menudo asociándolo a una autoimagen de persona inmadura, de alguien que *«no se aclara»*. Ya no digamos en todo lo que suponga proyección al futuro. Éste no sólo no se vislumbra con un mínimo de claridad, sino que es un tema ansiógeno, que se trata de evitar con trazos incluso fóbicos, pero que siempre está latente a muy poca profundidad, amenazante.

Conforme avanza el impacto postmoderno, estas dificultades van invadiendo la experiencia de uno mismo, tomando cada vez más el tono de una crisis existencial que instala a la persona en una intensa conflictiva interna. Con todo, en las expresiones del síntoma de la duda constante habrá diferencias importantes entre los dos tipos de afectados que hemos decidido estudiar.

El afectado de *desorientación* habitualmente verbaliza la situación en términos de que no sabe quién es. Puede seguir creyendo en un yo auténtico que no encuentra y además intuye, o incluso ya es consciente de que puede ser de muchos modos y no se decide por quién y cómo ser. En general, no visualiza el futuro del que a menudo no quiere ni hablar. No es capaz de esbozarse a sí mismo en él, focalizándose en el presente. En cambio, habitualmente, el *agobiado* ya es de un modo y sabe que puede seguir siéndolo, pero también sabe que podría ser otro y, sobre todo, no puede evitar saberlo. Sí se visualiza en el futuro, por lo menos en la versión continuista de sí mismo, pero recela de ella o bien ni siquiera le satisface.

Pasemos al segundo síntoma, la *incapacidad de renuncia*, donde el tema es «lo que uno quiere». Sumido en ese mundo de múltiples posibilidades, de factibles expectativas, de vidas posibles, el afectado se ve abocado a una pugna de deseos a menudo mutuamente excluyentes. Acosado por sí mismo, se ve envuelto en una constante batalla por determinar cuál de sus deseos contrapuestos es más auténtico. Y mientras, sigue sometido aún a las directrices modernas lo que, en efecto, está detrás de que se vea como alguien confuso e indeciso, pues la presión del entorno moderno es implacable: *«pero, tú... tú tienes que saber lo que quieres»*. Y antes incluso de ver algo en claro, se impone una angustiante intuición: la incapacidad de apagar los deseos en su caso descartados. El dolor de la renuncia se acentúa en contraste con épocas anteriores de normalidad moderna, ya que ahora las renuncias no pueden justificarse por fidelidad a una ideología a la que se hubiere inscrito, porque eso ya no existe. Si antes tal vez era difícil saber lo que uno deseaba, bajo el estado que estamos describiendo, lo que ahora pesa es la incapacidad de prescindir de alguna de las posibilidades deseadas.

Esta dificultad de renuncia, signo también de inmadurez en la modernidad, tiene muy diversas expresiones. El joven no se va de casa de sus padres por diversas razones, pero entre ellas está el no querer desprenderse de los placeres derivados de la «madre-omniasistenta», que le educó cual príncipe. Una madre que a menudo no tiene ningún interés en que desaparezca su fuente de sentido del día a día. Un estilo de madres, afectadas por el fantasma del *nido vacío*, que

han educado seres que ahora se sienten incapacitados para la limpieza de un inodoro («*¡huy, qué asco!*»); o para ir a comprar al supermercado, sorprendentemente vacío de esta franja generacional («*¡uff, qué rollo!*»). El joven afectado no está dispuesto a renunciar ni a una brizna de confort. No está dispuesto a irse de casa sin garantizar un estilo de vida más que acomodado. Pero a su vez, no puede evitar el dolor producido por los significados de la propia modernidad que le definen, insidiosamente, como inmaduro, como adolescente. No sabe qué pensar de sí, está *desorientado*.

En el *agobiado* las expresiones son, aquí también, algo distintas. A lo que no puede renunciar es al sueño de una vida diferente de la que está viviendo. Una vez caduco el recurso cultural que hacía equiparable el abandono de los sueños a «sentar la cabeza», no puede dejar de pensar en un cambio radical. Pero eso pasa por la renuncia de todo lo que ha conseguido. Y aparecen los miedos. Y reaparecen los sueños. Y reaparecen de nuevo los miedos. Balanza de renuncias cuyo fiel no se detiene, siempre angustiosamente oscilante.

Como es fácil deducir, este segundo efecto, la incapacidad de renuncia, retroalimenta al primero, la duda constante. Acompañando a estos dos síntomas, observamos un tercer efecto, novedoso culturalmente hablando y, en ese sentido, síntoma específico de las problemáticas que estamos describiendo: el *temor a la estabilidad*. Un temor que está también relacionado directamente con el colapso de elecciones, con el ineludible y constante cruce de caminos incompatibles, con la insoportabilidad de oportunidades perdidas, con la inabarcabilidad de posibilidades. Efectivamente, bajo esta experiencia surge el temor a la estabilidad, sea cual sea su expresión. A la estabilidad incluso del propio yo. Así, en su expresión sobre la experiencia de identidad personal, se traduce en verse condenado a desarrollar una única existencia, homogénea y estable.

No es ya lo que se indicaba más arriba en términos de incapacidad de concretar un yo. Lo que se destaca ahora es que la expectativa de estabilización genera, por sí misma, angustia, rechazo. Podríamos denominarlo el *síndrome de la envidia al gato*. Ciertamente la panacea sería poder vivir siete vidas, o lo que sería lo mismo, siete *yoes* distintos, cada uno con una vida entera. Estamos, como decíamos, ante una crisis existencial que, en su desarrollo, conduce incluso a esbozar esas vidas posibles, esos *yoes* posibles. Una crisis existencial imponente, vivida como irresoluble: ¿por cuál de esos *yoes* decidirse? ¿A cuál de ellos entronar para que gobierne la existencia? Más aún cuando se es capaz de intuirlos, de diferenciarlos nítidamente, de desearlos.

Y cuanto mayor es el posibilismo, más potencialidad tiene esta crisis. Un posibilismo que nos habla de recursos personales (educativos, laborales, económicos), de la capacidad de tener alternativas. Por ello, junto a los jóvenes que tienen el futuro abierto, este tipo de problemáticas es más frecuente en aquellos sectores sociales que disponen de los mencionados recursos. Por eso decimos que, en este nivel, ésta es fundamentalmente una afectación psicológica primermundista.

Cuando ya se encuentra ante este dilema, el *desorientado* es incapaz de decantarse por un yo y estabilizarlo, mientras que el *agobiado* no soporta la idea de seguir siendo siempre el mismo y, por ende, vivir una única vida. Ahora bien,

abrirse a cambios del yo no es tan simple, pues hacerlo dificulta la generación de un sentimiento de constancia biográfica que nutría a la identidad personal de base esencialista (Garcia-Borés y Martinoy, 1998). Recordemos en este sentido lo dicho respecto a los inevitables cambios que tuvieron que asumir nuestros mayores.

En todo caso, para el afectado, el cántico moderno a la estabilidad perdió su encanto de felicidad. Para él, ya no lo tiene. Al contrario, la estabilidad se convierte en un fantasma, el fin del atractivo de la vida. Con todo, la estabilidad, dominaba el mundo oscuro y hostil de los miedos asociados a la inestabilidad, que ahora queda al descubierto. Ahí está la pugna incapacitante, ahí está el afectado en medio de un fuego cruzado en el que los dos bandos son propios.

En esta dinámica, el *desorientado* trata de evitar compromisos consigo mismo. En ocasiones con reacciones inmediatamente aversivas ante cualquier limitación de posibilidades. Paradójicamente, ello le mantiene estancado en una situación más propia de un adolescente que de un adulto. Por su parte, el *agobiado* siente pánico de que todo siga igual y puede presentar estados depresivos derivados de verse ceñido a una existencia cerrada, limitada, encapsulada. Cuanto menos, el estancamiento le produce un sentimiento de insatisfacción permanente. La ilusión de renovación consumista (cambios frecuentes de coche, de equipos de música, de piso) ha dejado de ser un recurso motivacional útil. Vive mal la pérdida de la juventud que intenta retener, pues la asocia al mantenimiento de las opciones abiertas. Sabe que si mañana dice basta, mañana empieza una nueva vida, pero no se atreve.

Como ya se puede ir viendo, la conflictiva presentada es de una amplia abarcabilidad, atañe a los distintos ámbitos de la existencia, no sólo a la identidad personal. Incluso, a menudo, éste es el espacio del que más tardíamente se toma consciencia.

En el plano relacional, se produce una inversión con respecto a la tónica tradicional de la modernidad. La inercia moderna consistía en una progresiva selectividad de unas pocas amistades, vividas como profundas y auténticas (los «amigos verdaderos»). Decrecían en número y aumentaban en rango. Las condiciones postmodernas nos hablan, como se ha indicado anteriormente, de lo contrario, por lo menos en cuanto al número. Un incremento de relaciones derivadas de las múltiples participaciones en distintas redes sociales, producto de una mayor movilidad, de más asistencia a lugares de estudios, de la incorporación de la mujer al trabajo fuera de casa en la medida en que se ha producido, de mayor movilidad laboral, de viajes. No sólo incremento de relaciones cara a cara, también electrónicas, por no incluir ya las virtuales.

Esta importancia de la vida social, desarrollada fundamentalmente en los espacios de ocio, va tomando carácter de imperativo. Casi es obligatorio «salir» («ir de copas»), más o menos frecuentemente según las franjas de edad, lo que se acompaña de tener recursos económicos para hacerlo y de tener con quién hacerlo. Este carácter comporta que, cuando no es posible, especialmente cuando no lo es por la segunda razón, los afectados se deprimen.

Un incremento de la vida social, que choca con la ocupación temporal del trabajo, con la circunscripción a una única relación de pareja, con la asunción de responsabilidades familiares. En especial el *agobiado*, tiene cada vez más nexos,

pero también cada vez menos tiempo para ellos. Es la *saturación social* de la que nos habla Gergen (1991). Por su parte, el *desorientado* se niega a limitarse a un único grupo de amigos. Le asusta, siente que se autolimita. Y, de nuevo, la modernidad identifica como adolescente la necesidad de seguir «saliendo con los amigos».

En el plano de las relaciones íntimas, crece la imposibilidad de materializar el discurso romántico, el del amor verdadero, el del amor único. El discurso sigue vivo, cómo no, inculcado y reificado constantemente por la metanarrativa romántica de la modernidad, en los cuentos, en las novelas, en los telefilms, incluso en los discursos de la normalidad. Pero ahora, choca con la posibilidad de otras relaciones, imponiéndose la intuición de que, con otra persona, se desarrollaría otra vida distinta; otro yo, distinto.

El afectado de *desorientación*, en especial si es joven, prueba y prueba, y nadie le convence suficientemente. Además, seducido aún por el canon de pareja convencional, no se ve capaz de adecuarse a los compromisos que son inherentes a ese modelo. El *agobiado*, por su parte, vive con frustración la caída del entusiasmo, de la que él mismo ha sido partícipe mediante su acomodamiento, su desatención relacional. Intuye, en efecto, que posiblemente con una nueva persona estaría mejor. Pero eso, además de implicar deshacerse de lo que tiene, significa traicionar la promesa de estabilidad que, implícita o explícitamente, le ha hecho al otro.

Mientras, también aquí y para ambos casos, la presión del entorno moderno es implacable: *«pero..., tú tienes que saber a quién amas...»*, *«¿pero, le quieres o no le quieres?»*. Crece el temor a una relación estable; crece el temor, no ya a que *«el otro me deje»*, sino a ser incapaz de *«querer estar yo con el otro el resto del tiempo»*. O, simplemente, por largo tiempo. Temor al canon convencional de pareja, a pertenecer sólo a otro, al compromiso, a la fidelidad, al cierre inherente a variadas posibilidades afectivas (más que sexuales), que están ahí fuera, latentes. Aunque sólo sea en la fantasía.

Incluso surgen incomodidades en el plano de la proyección profesional. A menudo éste es el primer espacio en que se toma conciencia de la afectación. Empieza a asustar la posibilidad de un trabajo estable al que estar sometido durante cuatro décadas. Así, incluso el trabajo, como valor moderno, se rinde a la importancia creciente del tiempo de ocio que sugiere, sugestivamente, que cualquier día puede acontecer algo nuevo y maravilloso, renovador.

Recordemos, trabajo y pareja, dos pilares fundamentales de la estabilidad psicológica moderna. Lo vemos en los *agobiados*, quienes incluso trataron de adecuarse a los imperativos modernos. Frecuente en profesionales liberales, que ya no pueden creer en la realización personal a través del trabajo. En mayor medida cuando el afectado por estas tensiones tiene un empleo seguro pero ajeno a cualquier interés propio. La insatisfacción permanente, el agobio, gana entonces presencia.

Lo vemos también en los *desorientados*, que sólo imaginar diez años en el mismo lugar de trabajo les produce ahogo y, sin embargo, paradójicamente, siguen formándose sin parar para llegar a él. Se lo inculcaron, como algo imprescindible para poder competir en el hostil mercado de trabajo, soñando con sueldos reservados a una minoría. Y lo saben. Incrédulos ante las promesas de la modernidad como ningún otro sector social, los jóvenes sufren aún la persistencia de la narrativa moderna. No pueden hacer frente a sus imperativos, a menudo vividos como naturales, por ser la población más afectada por el desarrollo de unas condiciones socioculturales postmodernas, ya que crecieron en ellas.

Ante esta situación, creemos que son muchos los jóvenes que generan un sentimiento amargo de no haber llegado aún a la madurez, de no ser aún adulto, como ya hemos ido viendo. Y no es extraño cuando, esta conflictividad que hemos tratado de describir, les lleva a la postergación de la asunción de responsabilidades, manteniéndose en el hogar (aún más materno que paterno), acogiéndose a la economía (aún más paterna que materna) y optando por tratar de divertirse. A menudo sin apostar por una pareja mínimamente estable y, por supuesto, viendo la procreación como algo muy lejano, más o menos a unos veinte años de su madurez sexual.

La instalación en estas dilemáticas es sutil, progresiva, envolvente. Paulatinamente la situación va derivando hacia una experiencia psicológica protagonizada por la ansiedad. De una ansiedad ocasionalmente reactiva a una ansiedad estado. Es en este sentido en el que hablamos de una nueva expresión neurótica, que hemos propuesto denominar *neurosis postmoderna*. Y ello porque, a nuestro juicio, toda esta variada conflictividad conduce a una pérdida de la *egostasis* (Vallejo, 1998), entendida ésta al estilo de la psicología de la modernidad, es decir, como equilibrio del yo, que sigue considerándose una realidad existente. Egostasis, si se prefiere, como equivalente a estabilidad psicológica, perdida fundamentalmente por la incapacidad de establecer un proyecto existencial estable, algo que esa misma psicología entiende como equivalente a salud mental (Vallejo, 1998).

Neurosis, pues, en tanto que expresión de una intensa conflictiva interna. Neurosis, en tanto que la persona no logra armonizar sus deseos. Pero no porque éstos choquen con las normas de un superyó restrictivo (si habláramos en términos psicodinámicos), o con una realidad externa imposibilitante, sino porque precisamente tiene una realidad externa repleta de posibilidades, porque es incapaz de decantarse entre múltiples deseos realizables. Y porque tiene una voz interna y moderna que sigue exigiendo la selección drástica de unos pocos deseos, armónicos y compatibles, y la represión o supresión del resto, lo cual no soporta.

Una neurosis postmoderna que deriva, insistimos, de la fricción modernidad/postmodernidad o, más explícitamente, entre socialización moderna y condiciones socioculturales postmodernas. Un estado neurótico, tanto más intenso cuanto más instalada se encuentre la persona en esas condiciones sin la capacidad de suplantar los parámetros de la modernidad, que ha internalizado y que siguen dominantes en el entorno social, por otros más acordes a las nuevas circunstancias socioculturales.

Entiéndanse estas circunstancias como nuevo factor que incrementa el grado de neuroticismo, o se opte por hablar de nueva forma de neurosis; se plantee como mera reacción neurótica o como conflicto neurótico permanente, la que proponemos como *neurosis postmoderna* es una situación generada por presiones del mundo externo y, por lo tanto, lejos de una etiopatogenia individual, mu-

cho menos infantil. Una situación que se manifiesta, en general, como un estado de ansiedad permanente, en el que la problemática se presenta frecuentemente y de forma más o menos explícita, en dilemas concretos, por lo menos en los casos estudiados. En otras ocasiones, únicamente se expresa la ansiedad y, a pesar de tener estas mismas raíces, no se da la capacidad de traer a la conciencia estos dilemas que la motivan. Sea como fuere, y como es habitual en situaciones de ansiedad notoria, ésta conduce, asimismo, a una vivencia egocentrada, en la que la propia existencia está reclamando constantemente atención. La crisis, preside la experiencia.

Esbozos para terapéuticas postmodernas

En la última década del siglo XX han ido surgiendo nuevas propuestas psicoterapéuticas, como puede verse en la compilación de McNamee y Gergen (1992), o en nuestro entorno, en los recientes trabajos de Botella, Pacheco y Herrero (1999), Caro (1999), etc., sensibles a estas cuestiones y muchas de ellas inspiradas por quienes promueven el desarrollo de una psicología postmoderna, como el mismo Gergen (1989, 1992) o como Kvale (1992).

En todo caso, en el momento de plantearnos modos terapéuticos para afrontar la conflictiva generada por el desarrollo de unas condiciones socioculturales postmodernas, hay algo de lo que estamos prácticamente convencidos: la inoperancia de las recetas modernas. Por lo menos, mientras estas propuestas terapéuticas sigan hablando de egostasis como estabilidad del yo; de experiencia unitaria de uno mismo; hablando de madurez como la asunción responsable de los propios límites; o simplemente amparándose en la existencia de un yo esencial que hay que encontrar, conocer y asumir. En especial, cuando la conflictividad es la propia de lo que se ha descrito como estado de neurosis postmoderna.

A nuestro juicio, por el contrario, tanto si hablamos de ese estado, como si lo hacemos de la descrita como situación pre-neurótica, debemos intentar generar nuevos modos de entendernos a nosotros mismos, en los que las problemáticas descritas no se traten de superar imponiendo modernidad o conteniéndolas represivamente, sino tratando de que pierdan precisamente el carácter de problemáticas. Vivirlo de otro modo. No tratar de llevar estas problemáticas hacia los cánones de la normalidad moderna, sino de modificar esa normalidad vigente para poder vivir los nuevos retos, las circunstancias socioculturales que se nos imponen, de forma no problemática. A continuación proponemos, en nuestra condición de psicólogos culturales, lo que podrían ser tres estrategias terapéuticas, tres narraciones alternativas sobre nosotros mismos, amparándonos en algunas de las mencionadas aportaciones teóricas que nos parecen óptimas para los propósitos que nos ocupan.

Una estrategia genérica consistiría en tratar de liberarnos del yo esencial. Suplantarlo por entendernos a nosotros mismos como entidades subjetivas, constituidas por material simbólico y, por lo tanto, de origen cultural, como ya se proponía desde el interaccionismo simbólico de Mead (1934) y asume plenamente el socioconstruccionismo. Desde esta perspectiva, el yo es entendido como una creación subjetiva más, de tal modo que el propio concepto de identidad personal tiene mucho más sentido que el de yo. Suplanta, de hecho, al yo esencial. La identidad personal como vivencia subjetiva que uno tiene de sí mismo en un momento biográfico concreto. Desaparecen así aquellos imperativos modernos que obligaban a la persona a encontrar su yo verdadero, mirándose hacia adentro, perdiendo sentido aquellas crisis angustiantes tipo *«no sé quién soy»* o *«no me encuentro a mí mismo»*.

En sintonía con estos planteamientos y frente a esa especie de yo existente y cosificado, disponemos de las propuestas narrativas, que ven al yo como aquella narración que nos hacemos sobre nosotros mismos (Bruner, 1990; Polkinghorne, 1991; Giddens, 1991). En esta línea, nos parece muy sugerente la propuesta de relación terapéutica de Goolishian y Anderson (1994), viendo la terapia como un proceso conversacional para co-construir, consultante y terapeuta, una narración más óptima, transformando la historia y el presente, relatando nuevas historias. La psicoterapia narrativa está tomando, efectivamente, un fuerte impulso en los últimos años, como lo muestran trabajos como *La construcción narrativa de la experiencia en psicoterapia* (Villegas, 1995); *Transformaciones: una propuesta para cambios narrativos en psicoterapia* (Sluzky, 1995); o *Psicoterapia cognitivo-narrativa: la construcción hermenéutica de los significados alternativos* (Gonçalves, 1995).

Retornando al socioconstruccionismo, desde esta perspectiva se diluye también la visión individualista e internalista, al presentar cualquier experiencia psicológica como una construcción social. Desde este punto de vista, la experiencia de uno mismo es una vivencia que, como las demás, se construye interactivamente, hasta el punto de que Gergen (1991) antepone al yo esencial un yo relacional, un yo que se construye intersubjetivamente. De este modo, además, se asume lo que ya se intuye desde la afectación postmoderna: la trascendencia de las relaciones que mantenemos, la importancia fundamental que tiene con quién se relaciona uno, con quién vive, porque son su campo intersubjetivo, porque nos constituimos en ese campo. Incluso la tendencia al mantenimiento y ampliación de redes relacionales deja de verse como un anclaje inmaduro en la etapa adolescente y pasa a entenderse como actitud prudente y deseable, antídoto de crisis, garante de posibilismos, de opciones abiertas acordes a una sensibilidad postmoderna.

Otra línea sería tratar de liberarnos del imperativo de estabilidad. Será también el socioconstruccionismo el que nos da la pauta para superar este importante imperativo de la modernidad. Uno de los que genera, como hemos visto, mayores tensiones para el afectado de neurosis postmoderna. Frente a la inmutabilidad, a la estabilidad inherente a la visión esencialista, estos planteamientos defienden una visión de uno mismo como una entidad en permanente transformación, en permanente construcción.

Al asumir esta mutabilidad, se pasa del *yo soy* al *yo que estoy siendo ahora*, abriéndose así las puertas a dejar de ser quien soy en cualquier momento (Garcia-Borés, 1993). En efecto, del dilema moderno *¿quién soy?*, se pasa, eso sí, al dilema postmoderno *¿quiero o no seguir siendo como estoy siendo?* Pero

fijémonos bien, la tarea pasa de ser retrospectiva (para identificar en el pasado lo esencial de quién soy), a ser presentista y prospectiva (para replantear continuadamente quién quiero ser, cómo quiero ser), aliviándose así el marcaje, el determinismo, del propio pasado. En efecto, desde esta perspectiva, el pasado, más que las expresiones auténticas de un yo verdadero, resulta ser la acumulación de los distintos modos en que se ha estado siendo. Y la mirada que hacemos a nuestro pasado, pasa de ser el conocimiento retrospectivo y verdadero de ese supuesto yo, a ser la creación subjetiva que hago hoy de los modos en que he estado siendo hasta ahora.

Siguiendo esta lógica, la posible y lícita continuidad no debería basarse en la convicción de haberse encontrado a uno mismo sino, en todo caso, en la decisión de continuar en la línea en que he estado siendo. Propuesta de permanente reflexividad que incluye la toma de conciencia de que, mientras no se está decidiendo explícitamente, se está haciendo implícitamente. Conciencia de que, en el cada día, también se está eligiendo entre unas opciones de vida, entre unas opciones de ser, aunque sea la gobernada por la inercia de cómo se está siendo.

Ciertamente, desde esta mirada a nosotros mismos, nos liberamos de la exigencia de coherencia transtemporal. Una visión donde el cambio, amenazante en la modernidad, es visto como algo enriquecedor, posibilitador de renovaciones. De hecho, ya se empiezan a oír voces satisfechas por reconocerse una trayectoria que pasa por diversos *yoes* consecutivos explícitamente distintos (Garcia-Borés y Martinoy, 1998). Como es imaginable, todo esto va más allá de la vivencia de uno mismo. Por ejemplo, posiblemente sería mejor que la continuidad de una relación afectiva no se basara en la convicción de haber encontrado a la pareja verdadera (*«la media naranja»*), al estilo moderno, sino que se construyera sobre una provisionalidad implícita, cuyo mantenimiento derivara de irse sintiendo bien en esa relación. Tiene ventajas: uno cuida mucho más a quien quiere que quiera seguir estando con él.

Pero no nos ilusionemos. El imperativo moderno de estabilidad tenía su recompensa, por supuesto: el sentimiento de seguridad. De ahí su inmensa fuerza. Y por ello, a pesar de unas condiciones socioculturales cambiantes que violentan la estabilidad en cualquiera de sus expresiones, esta cuestión es central, como hemos visto, en la situación de neurosis postmoderna: seguridad al precio de estabilización, de inmutabilidad, de renuncia, frente a una vida abierta, improvisada, cambiante, al precio de cierta indefinición permanente. Vencer el temor a elegir, a cambiar. Tal vez el *handicap* que tenemos sobre la mesa no es otro que el que ya nos advertía en 1941 Erich Fromm: vencer el miedo a la libertad (Fromm, 1979).

En tercer lugar, más allá de asumir el carácter socialmente construido de la identidad personal, o de la imagen de un yo en permanente transformación, podemos también tratar de generar imágenes capaces de afrontar la polifonía, aquella pluralidad desiderativa. Esa polifonía desbordadora en la neurosis postmoderna. Y podemos hacerlo mediante la sugerente, aunque algo inquietante, idea de verse a uno mismo como receptáculo de múltiples *yoes*. Una imagen que remite a las *múltiples voces* de Gergen (1991), al *yo dilemático* de Billig (1988), entre otras insinuaciones. Múltiples *yoes* frente a la visión moderna de un yo

único, unitario y auténtico. Múltiples *yoes*, que permiten liberarse de la perfecta y obligada coherencia interna, propia de una única voz de un supuesto único yo.

Múltiples *yoes* (el yo adulto, el yo joven, el yo niño; el yo profesional, el yo de los amigos, el yo de la pareja, el yo solitario; u otros que uno pueda concebir) cada uno con su respectiva trayectoria; con su historia y acontecimientos relevantes; con sus buenos y malos momentos. Cada uno con sus respectivos retos, sueños y frustraciones, deseos y expectativas. Ciertamente, desde esta imagen, aquellos deseos disonantes que tanto quiebran al yo esencial acosado por la postmodernidad, son atribuibles ahora a cada uno de los distintos *yoes*, y el reto se transforma en conseguir una buena relación entre ellos. Desde esta perspectiva, incluso, la vivencia de un yo único, clásica en nuestra cultura, puede verse como la imposición extrema de uno de los yoes mediante la represión del resto.

En fin, sin llegar tal vez al extremo de esta imagen de los múltiples *yoes*, para muchos vertiginosa, a nuestro juicio, superar la neurosis postmoderna, superar las problemáticas descritas, pasa ineludiblemente por generar nuevos modos de vivirnos, nuevos modos de mirarnos a nosotros mismos, también de relacionarnos afectivamente. En caso contrario, pensamos que los afectados por la que hemos dado en llamar neurosis postmoderna seguirán inmersos en una tensión acuciante y creciente, tratando de ceñirse, creemos que infructuosamente, a los imperativos modernos. Mientras, nosotros, no eludiendo la condición de «en algún modo afectados», seguiremos analizando estas nuevas problemáticas psicológicas y tratando de imaginar salidas porque, el orden de la modernidad, no creemos que pueda reinstaurarse.

Referencias

Ballesteros, J. (1997). *Postmodernidad: decadencia o resistencia*. Madrid: Tecnos.

Bauman, Z. (1993). Postmodernity, or living with ambivalence. In J.Natoli and L.Hutcheon (Eds.), *A postmodern reader* (pp. 9-24). New York: State University of New York Press.

Bauman, Z. (1996). From Pilgrim to Tourist. In S. Hall & P. Du Gay (Eds.), *Questions of Cultural Identity* (pp. 18-36). London: Sage.

Billig, M. *et al.* (1988). *Ideological dilemas. A social Ppsychology of everday thinking*. London: Sage.

Botella, L., Pacheco, M. y Herrero, O. (1999). Pensamiento postmoderno constructivo y psicoterapia. *Revista de Psicoterapia, 37*, 7-30.

Bruner, J. (1990). *Acts of Meaning*. (Trad. cast.: *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza, 1991.)

Caro, I. (1999). Un enfoque postmoderno y construccionista sobre la salud mental y la psicoterapia. *Revista de Psicoterapia, 37*, 31-50.

Fromm, E. (1941). *Escape from Freedom*. (Trad. cat.: *La por a la llibertat*. Barcelona: Edicions 62, 1979.)

Garcia-Borés, J. (1993). La crítica sociocultural como intervención. En B.González y A. Guíl (Comps.), *Psicología Cultural* (pp. 93-104). Sevilla: Eudema.

Garcia-Borés, J. (1996). La desarticulación de discursos y la *versión única* como fenómeno e instrumento de poder. En A. Gordo y J.L. Linaza (Comps.), *Psicologías, discursos y poder (PDP)* (pp 339-352). Madrid: Visor.

Garcia-Borés, J. y Martinoy, S. (1998). Retos postmodernos para la construcción de la identidad. *Boletín Sociedad Española de Psicoterapia y Técnicas de Grupo, IV, 14*, 27-36.

Gergen, K.J. (1985). The social constructionism movement in modern psychology. *American Psychologist, 40*, 3, 266-275.

Gergen, K.J. (1989). La psicología posmoderna y la retórica de la realidad. En T.I báñez (Coor.), *El conocimiento de la realidad social* (pp. 157-186). Barcelona: Sendai.

Gergen, K.J. (1991). *The saturated Self. Dilzemmas of identity in contemporany life.* (Trad.cast.: *El Yo Saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo.* Barcelona: Paidós, 1992.)
Gergen, K.J. (1992). Toward a postmodern psychology. In S. Kvale (Ed.), *Psychology and Postmodernism* (pp. 17-30). London: Sage.
Gervilla, E. (1993). *Postmodernidad y educación. Valores y cultura de los jóvenes.* Madrid: Dykinson.
Giddens, A. (1990). *The consequences of modernity.* Cambridge, UK: Polity Press.
Giddens, A. (1991). *Modernity and Self-identity. Self and society in the Late Modern Age.* (Trad. cast.: *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea.* Barcelona: Península, 1995.)
Gonçalves, O. (1995). Psicoterapia Cognitivo-Narrativa: la construcción hermenéutica de los significados alternativos. *Revista de Psicoterapia, 22-23*, 101-122.
Goolishian, H.A. y Anderson, H. (1994). Narrativa y self. Algunos dilemas posmodernos. En D.F. Schnitman (Coor.), *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (pp. 293-311). Barcelona: Paidós.
Ibáñez, T. (1989). *El conocimiento de la realidad social.* Barcelona: Sendai.
Ibáñez, T. (1994). *Psicología social construccionista.* México: Publicaciones de la Universidad de Guadalajara.
Jameson, F. (1991). *Postmodernism or the cultural logic of late capitalism.* (Trad. cast.: *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado.* Barcelona: Paidós, 1996).
Kvale, S. (1992). *Psychology and Postmodernism.* London: Sage.
Lyon, D. (1994). *Postmodernity.* (Trad. cast.: *Postmodernidad.* Madrid: Alianza, 1997.)
Lyotard, J.F. (1984). *La condición postmoderna.* Madrid: Cátedra, 1989.
McNamee, S. & Gergen, K. (Comps.) (1992). *Therapy as social construction.* London: Sage.
Mead, G.H. (1934). *Mind, Self, and Society, from the standpoint of a social behaviorist.* (Trad. cast.: *Espíritu, Persona y Sociedad.* Buenos Aires: Paidós. 1964.)
Parker, I., Georgaca, E., Harper, D., McLaughlin, T. & Stowell-Smith, M. (1995). *Deconstructing psychopathology.* London: Sage.
Pinillos, J.L. (1997). *El corazón del laberinto.* Crónica del fin de una época. Madrid: Espasa.
Polkinghorne, D.E. (1991). Narrative and Self-Concept. *Journal of Narrative and Life History, 1*, 2/3, 135-153.
Polkinghorne, D.E. (1992). Postmodern epistemology of practice. In S. Kvale (Ed.), *Psychology and Postmodernism* (pp. 146-165). London: Sage.
Sluzky, C.E. (1995). Transformaciones: una propuesta para cambios narrativos en psicoterapia. *Revista de Psicoterapia, 22-23*, 53-70.
Taylor, C. (1996). Identidad y reconocimiento. *Revista Internacional de Filosofía Política, 7*, 10-19.
Vattimo, G. (1985). *La fine della modernità.* (Trad. cast.: *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna.* Barcelona: Gedisa, 1997.)
Vallejo, J. (1998). *Introducción a la psicopatología y la psiquiatría.* Barcelona: Ed. Masson.
Villegas, M. (1995). La construcción narrativa de la experiencia en psicoterapia. *Revista de Psicoterapia, 22-23*, 5-19.